

estas excursiones apostólicas que hizo el Siervo de Dios siendo ya electo Arzobispo. Dejemos que él mismo, como testigo presencial, nos refiera el hecho. "Al amanecer,—dice,—de una mañana de Abril de aquel año, 1850, salían de Barcelona por el camino que va á la estación del ferrocarril de Mataró un sacerdote y un estudiante. El sacerdote, vestido con una sotana y un balandrán ya muy usados, casi raídos, y adornados con algún pequeño remiendo, pero limpios y aseados cuanto su pobre condición permitía, no llevaba más que el sencillo bastón de viaje. El estudiante llevaba debajo del brazo, atados con una cinta de á cuarto la vara, un manteo de la misma edad, poco más ó menos, que el balandrán del sacerdote, y envueltos con el mismo manteo una camisa, unas medias y algunos libros, con lo cual se da bastante á entender que el lío era el equipaje del sacerdote que iba de camino. Cerca ya de la estación, el joven preguntó á su respetable compañero en qué clase de coches viajaría, con objeto de adelantarse á tomar billete. "No sé; me han dado seis reales", respondió el sacerdote; y recibiendo el estudiante los seis reales que al mismo tiempo le dió el cura viajero, fué á tomar billete de tercera clase. Sin duda el sacerdote era muy pobre y el estudiante no estaba muy rico.

"Pues bien: el sacerdote era D. Antonio Claret, electo Arzobispo de Cuba, venerado, más bien que respetado, en todos los pueblos de Cataluña y Canarias, famoso en toda España y nombrado y querido en otras regiones más lejanas: el estudiante era el mismo que ahora escribe estas líneas.

"De las cosas que me contó sencillamente haber hecho en aquel día antes de salir de Barcelona, deduje que á las doce de la noche todavía trabajaba, y que á las dos ó á las tres de la madrugada estaba ya trabajando de nuevo.

"Iba entonces á Gerona á predicar aquella Misión para la cual hubo necesidad de convertir en púlpito el balcón de casa Pastor, porque no había iglesia capaz de contener el inmenso gentío que acudía á oír los sermones. A la hora de éstos, la plaza, las calles adyacentes, las ventanas y balcones de las casas, todo estaba lleno de gentes que escuchaban asombradas y compungidas al fervoroso predicador.

"¿Quién hubiera conocido al celebrado Misionero y al electo Arzobispo de Cuba en el pobre capellán que viajaba en tren

de tercera clase con dinero que le habían dado de limosna? Así anduvo hasta que fué consagrado Arzobispo."

En Gerona, á más de los sermones predicados á millares y millares de personas al descampado, por ser la Catedral incapaz de contener al inmenso gentío, dió ejercicios al Cabildo y clero de la ciudad, á los párrocos de la diócesis, á los seminaristas, á las religiosas en sus conventos y á los enfermos del Hospital. Su amigo Masmitjá, el fundador de las Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María, que se hallaba entonces en Gerona, de cuyo Cabildo fué luego Arcipreste, fué en esta ocasión á visitar al P. Claret, y éste al verle le preguntó: "¿Cómo vamos? — En cuanto al cuerpo, bien,—respondió aquél,"; y antes que completara la respuesta, le interrumpió el Siervo de Dios con estas palabras: "Jamás he visto que obediente alguno se haya perdido.", "Con lo que entendí,—dice el Sr. Masmitjá,—que penetraba mi intención, que era de manifestarle mi congoja por el cargo parroquial á que había sido llamado.", "Otro día,—añade el mismo señor,—le hallé en una de las salas del Palacio episcopal rodeado de niños tan contentos y deseosos de estar junto á él, que parecía iban á echársele encima (1)."

3. Mientras el Siervo de Dios seguía con tanto ardor en sus trabajos apostólicos, se estaban en Roma haciendo las oportunas diligencias para su preconización. Verificóse ésta el 18 de Mayo de 1850. Poco después le fueron despachadas las Bulas Pontificias, en las cuales es de notar cómo Pío IX, en atención á los singulares méritos adquiridos por el Siervo de Dios, le dispensa de los grados académicos que por disposición canónica para el episcopado se requieren, pues nuestro humilde Padre, aunque tenía hechos todos los estudios eclesiásticos con notables pruebas de capacidad y aprovechamiento, y le hubiera sido por lo mismo fácil adquirir la borla de Doctor, como no aspiraba á dignidad alguna y se consideraba además indigno de toda honra, no se cuidó, ni siquiera le pasó por la mente, hacerse con el pomposo título de que muchos hacen gala; y así, lo que suelen tener otros por indecoroso, en él se trocó en mayor gloria y alabanza, pues por el título que acostumbran á dar las Academias tuvo la superior aproba-

(1) Relación del muy ilustre D. Joaquín Masmitjá, 3 de Julio de 1880.

ción del Romano Pontífice, quien en la Bula de promoción decía así: "Hemos puesto los ojos en ti, porque habiendo seguido perfectísimamente todos los estudios, administraste con feliz éxito la cura de almas en tu patria, y después te dedicaste sin reserva á las Misiones para la propagación de la fe, y ejercitaste muchas obras de piedad... Y aunque no has recibido el grado de Doctor, como posees suficiente doctrina y has dado pruebas de ser hábil y á propósito para regir y gobernar la Iglesia metropolitana de Cuba... (1)."

Llegado que hubieron á Madrid las Bulas, fueron llevadas á Vich por los dignos sacerdotes D. Fermín de la Cruz y Don Andrés García Novoa, y estando todas las cosas prevenidas, se verificó su consagración en la Santa Iglesia Catedral el día 6 de Octubre de 1850, en el día en que se celebraba la solemnidad del santísimo Rosario, del que tan entusiasta propagador habia sido, y la fiesta de San Bruno, de quien fué siempre muy devoto. Consagróse juntamente con él el Ilmo. Dr. D. Jaime Soler, que habia sido preconizado Obispo de Teruel; fué consagrante el señor Obispo de Vich, Dr. D. Luciano Casadevall, al que asistieron los Rdos. D. José Costa y Borrás y D. Florencio Llorente y Montón, Obispos respectivamente de Barcelona y Gerona. Excusado es decir que la concurrencia y admiración del pueblo fué extraordinaria, porque no suelen en ciudades de segundo orden verificarse tan solemnes actos.

Lleno el P. Claret de agradecimiento á los muchos favores que la santísima Virgen le habia dispensado, y para tener como una prenda de su maternal protección, al nombre de Antonio, que en el bautismo habia recibido, añadió el día de su consagración episcopal el dulcísimo nombre de María, con el cual firmó siempre en adelante, con grande consuelo de su al-

(1) El texto de la Bula Pontificia dice así: "...ad te ex legitimis catholicis honestisque parentibus in dioecesi Vicensi progenitum quadragessimum secundum tuae aetatis annum agentem... qui studiis omnibus optime peractis animarum curam in tua patria feliciter administrasti. Hinc te totum Missionibus adixisti de Propaganda Fide pluraque christianae pietatis opera exercuisti... Nos enim te cum in Doctoratus gradu insignitus non sis, nihilominus quia sufficienti Doctrina praeditus et ad eandem Metropolitanam Ecclesiam Sancti Jacobi de Cuba regendam et gubernandam habilis et idoneus esse dignoscere... Datum Romae, apud Sanctum Petrum anno Incarnationis Domini Millesimo Octingentesimo quinquagesimo, tertio decimo Kalendas Junii, Pontificatus nostri anno quarto.."

ma, pues sentía cierto gusto ó sabor espiritual cada vez que lo pronunciaba ó escribía sus cinco letras.

Al día siguiente de su consagración, el Sr. D. Sebastián Bres, que habia sido su padrino y protector, se presentó al Siervo de Dios diciéndole que queria tener de él un recuerdo y que éste habia de consistir en su retrato. "De ninguna manera, — respondió el Sr. Arzobispo, — puedo consentir en dejarme retratar; pídamе Ud. alguna otra cosa. — Teniendo que ausentarte, — replicó el Sr. Bres, — y siendo probable que no nos veremos más en este mundo, si algo puede mitigar mi sentimiento es el verte retratado.," Conociendo el Varón de Dios que si se negaba á las repetidas instancias de aquel su fiel amigo y buen sacerdote, que por tantos años le habia colmado de beneficios, le contristaría, consintió en ello. No estaba entonces aún muy en uso la fotografia, y así se valieron de un hábil pintor muy diestro en sacar retratos, aunque á éste le pareció muy difícil, porque decía graciosamente: "¿Quién obliga á este señor á estar quieto el tiempo necesario para delinear su semblante?," Sin embargo, aunque fué corto el tiempo que le tuvo en su presencia, la obra, á juicio de personas entendidas, salió muy bien, y de todos los retratos del Siervo de Dios, éste es el que más devoción inspira por representarle con su propia y habitual modestia.

Una persona rica y piadosa de Barcelona le regaló los hábitos de la nueva dignidad, que cuidó que fueran no muy lujosos, sino modestos y ordinarios, para no exponerse á que el Siervo de Dios los rehusara. Aborrecía tanto la vanidad en los trajes y vestidos, y de tal suerte amaba la pobreza, que era su ánimo ponerse un pectoral de hoja de lata ó de latón, como él mismo lo manifestó á nuestros primeros Padres, y hubiéralo puesto por obra si razones de prudencia no le hubieran obligado á admitir el que le ofrecieron.

Deseoso de estar cuanto antes en medio de sus ovejas, á los dos días de su consagración salió de Vich para Madrid, en compañía del P. Esteban Sala y de los señores Cruz y Novoa. Los otros Padres que quedaban en aquel pequeño colmenar de nuestra Congregación viéronle partir con lágrimas en los ojos. Los viajeros llegaron á la capital el domingo inmediato; el 13 del mismo Octubre, el nuevo Arzobispo recibió el palio de manos del señor Nuncio apostólico, Mons. Brunelli. Mientras

se despachaban sus asuntos en la corte se ocupó en predicar y confesar con el mismo fervor y celo que antes.

En esta ocasión debió sin duda acaecer la profecía que el Excmo. señor marqués del Arco oyó de los labios del Siervo de Dios, poco antes de embarcarse éste para Cuba, y que declaró aquél en el proceso con estas palabras: "Cuando le nombraron Arzobispo de Cuba tuve ocasión de oírle: "Ahora iremos allá y estaremos seis años (1)."

Los enemigos de la Religión, que algunos años después le hicieron blanco predilecto de sus iras, propalaron que en el breve tiempo que estuvo en la corte antes de ir á Cuba preparó el pedestal de su futura grandeza, haciendo frecuentes visitas á los Reyes y con otros medios más indecorosos, que no tuvieron rubor de estampar en infames papeluchos. Una sola vez, por no faltar á la cortesía, visitó á los Reyes, y aun tales circunstancias en ella concurrieron, que la entrevista fué antes fría que señalada por alguna prueba de especial afecto. Cuando llegó á Palacio había ya pasado la hora destinada para audiencia, á la que no llegó á tiempo por haber estado aquel día predicando en la iglesia de Italianos. Los Reyes se habían retirado ya á sus habitaciones privadas, y estaban en traje ordinario de casa. Pero acaeció que mientras el gentilhombre de guardia le estaba diciendo que no podía entrar por haber pasado la hora, pasó por allí el Rey, el cual, viendo á un Obispo, preguntó quién era. Cuando supo que era el Arzobispo de Cuba, dijo: "Le hemos estado aguardando con Isabel, extrañando que Ud. no viniese." Dió aquél cortesmente sus excusas, y después de llamar á la Reina, el Rey le hizo entrar. Isabel II pronunció casi las mismas palabras, pero añadiendo la circunstancia agravante de haberle aguardado un buen rato. El Siervo de Dios tornó á repetir el motivo de su tardanza, y luego fué presentado por los Reyes á los Príncipes. La visita se redujo á decirle que deseaban el bien de Cuba y que los tuviera presentes en sus oraciones. Con esto le despidieron, sin traspasar con él los límites generales de la cortesía.

Para que se vea el poco caso que hacía de las distinciones mundanas, de que tanto suelen preciarse los hombres, referiré aquí lo que le pasó cuando fué condecorado con la gran

(1) Declaración del Excmo. señor marqués del Arco y conde de Isla.

Cruz de Isabel la Católica. Propúsole para ella el Sr. Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, el 18 del citado mes de Octubre. El 22, se hizo por real orden el nombramiento. Al principio el Sr. Arzobispo no quería aceptar, pero al fin cedió cuando le advirtieron que era esto costumbre con los Arzobispos que iban á Cuba para que tuvieran el trato de excelencia y alternaran con decoro con las demás autoridades de la Isla. Pero dió tan poca importancia á este asunto que, sin acordarse más de él, salió de la corte en cuanto hubo terminado las demás diligencias, y así ni se cruzó ni satisfizo los derechos de título. Para que llegase á ser efectivamente Caballero fué menester que D. Francisco María Marín le avisase, en oficio del día 25, que había de pagar tres mil reales, los que entregó por él una persona caritativa al contador de las Ordenes, D. Manuel Antonio Las Heras, y además, como se había ya ido de Madrid, fué necesaria una real orden, que se dió en 4 de Noviembre, por la que se le autorizaba para cruzarse por sí mismo.

Luego de ajustados en la corte sus negocios, salió de allí sin pararse á ver las muchas curiosidades que hay en la capital de España. Habiendo llegado á ella el 16 de Octubre, el 31 del mismo mes estaba ya de regreso en Igualada. Como no sabía pasar por pueblo alguno sin derramar en él parte de los tesoros de su predicación evangélica, al día siguiente de su llegada, que era la festividad de Todos los Santos, predicó en dicha población con el fruto acostumbrado. El día 2 de Noviembre salió para Montserrat á pedir la bendición de la soberana Reina de aquellas majestuosas montañas; dejó, como en Igualada, oír su apostólica voz, y luego descendió á la vecina ciudad de Manresa. Hacía en ella á la sazón un novenario de almas el célebre jesuíta P. Mach. Deseosos los fieles de oír, acaso por vez postrera, la voz que tantas veces había movido sus corazones, pidieron con instancia al P. Claret que les predicase aquella noche en el novenario. Juntó á ellos sus súplicas el P. Mach, y el Sr. Arzobispo complació por fin los santos deseos de los manresanos, y distribuyó además la comunión en la mañana del día siguiente á las innumerables personas que con este intento se habían preparado de antemano. Aquella misma tarde fué el Siervo de Dios á Sallent á despedirse de sus paisanos, los cuales salieron á recibirle con extraordinaria pompa y con el entusiasmo que es de presumir por ver

levantado á tan sublime dignidad á un hijo de su pueblo, y más por verle en todas partes cercado de la aureola de santidad que iluminaba su serena frente. Por la noche del mismo día despidióse en un patético sermón que pronunció desde un balcón de la plaza, porque la iglesia, aunque espaciosa, no podía contener, ni con mucho, la gente que se había juntado para oírle. Los buenos sallentinos, deseosos de obsequiar á un hijo suyo tan ilustre, publicaron en su alabanza algunas hermosas poesías. Como les tenía á todos admirado el mansísimo carácter del Arzobispo, un inspirado vate no supo hallar más adecuado comienzo á su composición que esta graciosa cuarteta, llena de candor, ternura y suave melancolía:

¿Dó vas, ovejita mansa?  
Oveja mansa, ¿dó vas?  
¿Dó vas allá en lontananza,  
Si en luto dejarnos has?

En medio del gozo que la población experimentaba por ver tan sublimado á uno de sus más caros hijos, la tristeza se retrataba en todos los semblantes. La causa de ella bien la expresó el poeta principal de esta jornada en aquellas sentidas estrofas dirigidas al Siervo de Dios:

Cual astro te vió brillar  
El suelo natal que dejas,  
Y triste ve que te alejas  
Por el anchuroso mar.

No oiremos ya en el templo resonar  
Esa voz que, meliflua y elocuente,  
Lágrimas suele vivas arrancar  
Del corazón más duro é impenitente.

¡Oh hijo de la España predilecto,  
Querubín encendido en santo amor!  
¡Adiós!... ¡Adiós!... Recibe nuestro afecto,  
Que expresamos sumidos en dolor.

Por la onda amarga, ¡ay!, ya corre aprisa,  
Y surcos forma el rápido bajel;  
¡Ojalá le recree suave brisa,  
Cual si moviera plantas de un verjel!

Aunque sus paisanos instaban para que se detuviera algunos días entre ellos, no pudieron conseguirlo, porque el Siervo de Dios anhelaba trasladarse cuanto antes en medio de su caro rebaño, y así, el día siguiente por la tarde fué á Sanmartí, en donde pasó la noche. Por la mañanita, atravesando montes escabrosos, cubiertos casi todos de bosques de pinos y de encinas, fué á despedirse del santuario de Nuestra Señora de Fusimanya, al que tenía especial devoción, y adonde tantas veces había ido en su niñez en romería, acompañado de una de sus hermanas. Cuando de la cima del elevado monte, adonde hay que subir, descendió al ameno valle, en donde se halla enclavada la pintoresca ermita, le aguardaba ya un extraordinario concurso de personas que habían acudido de Sallent, de Artés y de otros pueblos vecinos. Como despedida de aquel santo lugar, en el que tan tiernas emociones había experimentado en su infancia, y en donde tantas gracias había recibido de la Madre de Dios, predicó á los fieles allí reunidos un fervoroso sermón sobre la devoción á María santísima, que arrancó dulces lágrimas al auditorio; después se encaminó al pueblo de Artés, de allí á Calders y, por último, á Moyá, en donde comió y pasó la noche.

Aunque fué tan rápido el paso de nuestro Padre por estos pueblos, en todos ellos se detuvo el tiempo suficiente para anunciarles por última vez la palabra de Dios. En Moyá hizo el sermón por la noche, y á la mañana siguiente prosiguió su viaje hasta Vich, pasando por Collsospina, en donde se detuvo á predicar. A mediodía llegó á la capital del Obispado, y para descansar del viaje subió por la noche al púlpito y pronunció un largo y elocuente sermón, que llenó de admiración á los fieles. Dos meses permaneció aún en Cataluña antes de embarcarse, los que empleó en afianzar y consolidar las obras que había fundado, en allegar compañeros que le ayudaran á cultivar la nueva grey que se le había confiado, y en hacer bien en todas partes con sus predicaciones, consejos, escritos y conversaciones familiares.

No podemos pasar por alto, sin faltar á la integridad de la historia, la maravillosa conversión que en este tiempo obró de cuatro reos puestos ya en capilla, que rehusaban confesarse. Cederemos con gusto la palabra al Ilmo. señor Obispo de Segorbe, que fué testigo ocular del suceso. "Hallándome,

— dice, — en Villafranca del Panadés, fueron puestos en capilla un sábado por la tarde, para ser ajusticiados en la mañana del siguiente lunes, cuatro presos, los tres muy jóvenes, el otro de bastante más edad, aunque tampoco era viejo: sumadas las edades de los cuatro, no llegaban á cien años. Con poca previsión, excusada en parte por la falta de local á propósito; se encerró á los cuatro en una misma habitación, y bien sea porque se confabulasen para representar el papel de *espíritus fuertes*, bien porque esperasen que no se les mataría sin haberse confesado, se negaron todos á reconciliarse con Dios. Cuantas diligencias practicaron en todo el día del domingo los dignos eclesiásticos, así como las autoridades civiles y militares y otras personas notables de la población, para moverlos á confesarse, fueron inútiles. Todo el vecindario se hallaba consternado, y los señores curas, que no habían visto una tenacidad semejante á la de los cuatro reos, estaban afligidos y conturbados. Yo sabía que el excelentísimo Sr. Claret había de pasar por el pueblo en la diligencia, que yendo de Barcelona á Tarragona, debía estar en Villafranca á las siete de la mañana del lunes, y se lo avisé al señor Deán, por si le parecía conveniente invocar el auxilio del Prelado de Cuba. Como un rayo de luz que penetrase de repente en las tinieblas fué la noticia para los clérigos de Villafranca; parecióles que en llegando el Misionero todas las dificultades se vencerían fácilmente, y se acostaron con tranquilidad.

„Al otro día muy temprano nos hallábamos en la fonda *dels Italians* aguardando con ansia que llegara la diligencia. Luego que el ilustre viajero se hizo cargo de la necesidad para la que se le llamaba, salió del carruaje, y enviando recado al excelentísimo señor Arzobispo de Tarragona, que le estaba aguardando, se detuvo en Villafranca. Alguno de los que le acompañaban le instó á ir á tomar chocolate y á pasar inmediatamente á la cárcel, á lo que respondió: “No, no; primero vamos á encomendar el negocio á Dios.” Mientras con este fin íbamos al templo, enterábase de las diligencias practicadas inútilmente para la conversión de los criminales, y decía: “Es grave, es grave.” En la iglesia estuvo un rato en oración delante del santísimo Sacramento, y cuando salimos, dijo con tono de seguridad: “Vamos allá; esas son cosas de muchachos.”: pala-

bras que notaron todos los que las oyeron. Tres de los presos se confesaron inmediatamente, cediendo á las vivas exhortaciones del Prelado; el más viejo se negó á todas las instancias, y aun se manifestó incomodado, al parecer, porque los demás faltaban al convenio que habían hecho. Pero cuando el sacerdote estuvo allí con el sagrado Viático para administrarlo á los tres confesos, uno de éstos contestó á las preguntas del Ritual que *perdonaba á todo el mundo menos á su madre*, que era la causa de que se viese en aquel triste estado por no haberle corregido á tiempo.

„El espanto producido en todos los ánimos por estas palabras, pronunciadas delante del santísimo Sacramento por un hijo que iba á morir, es más para imaginado que para descrito. El Sr. Arzobispo, postrado á los pies del delincuente, besándose los y abrazándole, pedía perdón para su madre en nombre suyo y en nombre de Dios; á los circunstantes se les saltaban las lágrimas de los ojos, y el corazón les daba saltos de terror... y el reo repetía: “A Ud. no debo perdonarle, que no me ha ofendido: ella tiene la culpa de todo.” No siendo posible por entonces conmover aquella alma empedernida, húboselo de negar la sagrada Comunión. Al poco tiempo, los cuatro criminales, vestidos con la hopa infamante y montados en asnos, caminaban al patíbulo: dos sacerdotes acompañaban á cada uno, yendo á su lado el verdugo con mordazas para cerrar la boca á los impertinentes si tratasen de gritar. Siguiendo las instrucciones del Sr. Claret, los sacerdotes encargados de los reos que se habían confesado procuraban mantenerlos en sentimientos de piedad con fervorosas jaculatorias; los otros iban junto á los sentenciados rezando el Rosario; el Arzobispo los seguía orando también por la salvación de aquellos infelices.

„El resultado de estas diligencias fué satisfactorio para todos, pues los cuatro reos entregaron el espíritu á Dios confesados y contritos: el que se había negado á perdonar á su madre dijo en alta voz que pedía perdón y perdonaba á todos; el cuarto, que se había resistido á las instancias más eficaces para que se confesara, extendió los brazos pidiendo confesión cuando estaba sentado en el fatal banquillo, tapado el rostro, con la argolla al cuello y el verdugo comenzaba á apretar los tornillos. Después de ejecutada la terrible sentencia, el señor Claret, de pie junto á los cadáveres, dirigió un elocuente y

oportunísimo sermón á la inmensa muchedumbre que llenaba la Rambla-paseo de Villafranca.

„ ¡ Qué bien ha venido Mosén Claret ! ¡ Suerte ha sido que estuviera aquí ! Dios le ha traído , „ decían las gentes, atribuyendo á sus oraciones y á su destreza la conversión de los cuatro reos (1). „ El Señor reveló después á nuestro Padre que los cuatro reos se habían salvado, y así lo dijo él mismo en la sala de conferencias de nuestra Casa-misión de Vich delante del Rdo. P. Clotet, quien asegura en sus Memorias que le oyó esta expresión, pronunciada con tono firme y seguro: “ Los reos de Villafranca se salvaron. „

4. En medio de las múltiples tareas, que no le dejaban un instante libre en los últimos meses que estuvo en la Península antes de partir para Cuba, no se descuidó de una cosa que él juzgaba convenientísima, como en verdad lo era, para la reforma de las costumbres en la desmoralizada diócesis que se había puesto á su cargo. Tal fué la de juntar algunos celosos sacerdotes revestidos del espíritu apostólico, que con sus Misiones le ayudaran á levantar el espíritu religioso de la Isla, y con sus conocimientos de las ciencias eclesiásticas le sirvieran para organizar el Seminario y dar á los jóvenes levitas la instrucción que debe tener un sacerdote, y más si ha de desempeñar la cura de almas. Algunos, atraídos por la afabilidad y por las virtudes apostólicas del Siervo de Dios, deseosos de estar siempre á su lado, se le ofrecieron espontáneamente, y el Sr. Claret, después de examinar y aprobar su espíritu, los admitió por compañeros, y desde entonces los miró siempre como miembros de una misma familia, como hermanos queridísimos. Otros le siguieron, como los Apóstoles á Jesucristo, á una simple manifestación de su voluntad. De este número fué, entre otros, el joven y docto presbítero D. Juan Nepomuceno Lobo, quien, hallándose en Madrid en el seno de una familia piadosa y acomodada, y lisonjeado con un brillante porvenir que le aseguraban sus virtudes y talentos, en ocasión que el Siervo de Dios había ido allí para recibir el palio y hacer otras diligencias, oyó á éste que le decía, como el Señor á los que llamaba al apostolado: “ Ven, sígueme. „ ; y él, aunque sólo le había visto una vez, que era cuando nuestro Padre estuvo en

(1) *Vida del Sr. Claret*, cap. XXXVII.

Madrid de paso para las Islas Canarias, y por más que hasta entonces no había tenido intención de alejarse de la patria y dejar su familia, sintióse interiormente como arrastrado por una fuerza irresistible, y así, sin replicar palabra, le siguió. A los que después le preguntaban por qué había tomado semejante resolución, no sabía responder sino con estas palabras: “ Nada. El Sr. Claret me dijo en Madrid que le siguiera, y ¿ quién puede negarse á ese hombre ? „ Nuestro Padre, con aquel instinto especial que tienen los santos para conocer los corazones de los hombres, apenas vió al Sr. Lobo quedó prendado de su saber y de sus virtudes, y así, cuando fué nombrado Arzobispo, le invitó á seguirle con el cargo de Provisor ó Vicario general. Además, una vez llegado á la Isla, procuró alcanzar para él la dignidad de Tesorero, y más tarde la de Deán, y por cierto que no había otro que fuese más acreedor á estas distinciones que el P. Juan. Desempeñó éste con sumo acierto el cargo de Provisor casi todo el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba, y sólo lo dejó cuando, renunciadas todas las cosas por obedecer á la voz del Señor que le llamaba, entró en el Noviciado de la Compañía de Jesús. Fué en ella Provincial, y acabó su vida laboriosa con una muerte edificante.

Otro de los que el Siervo de Dios escogió por sí mismo fué D. Manuel Vilaró, á quien confió el cargo de Secretario. Era, como ya hemos dicho en otra parte, uno de nuestros primeros Padres, y el P. Claret, al escogerlo entre los demás, dió pruebas de una exquisita prudencia, pues atendido el carácter del joven Misionero, acaso hubiera dado algo en que entender á la naciente Congregación, mientras que al lado del Fundador se mantuvo siempre alegre y fervoroso y prestó no pequeños servicios con su celo, habilidad y buen talento.

Otro de los que se le juntaron fué el presbítero D. Felipe Rovira, profesor que había sido de latín; en el Seminario de la Isla continuó desempeñando este mismo cargo hasta que en 1852 el Siervo de Dios le nombró su Secretario, en reemplazo del P. Vilaró, que hubo de regresar á España á causa de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Después de haber permanecido en este cargo algunos años, con permiso del Padre Claret pasó á Puerto Rico con el Ilmo. Sr. Obispo, Don Benigno Carrión, quien le nombró Canónigo de su Iglesia Catedral.